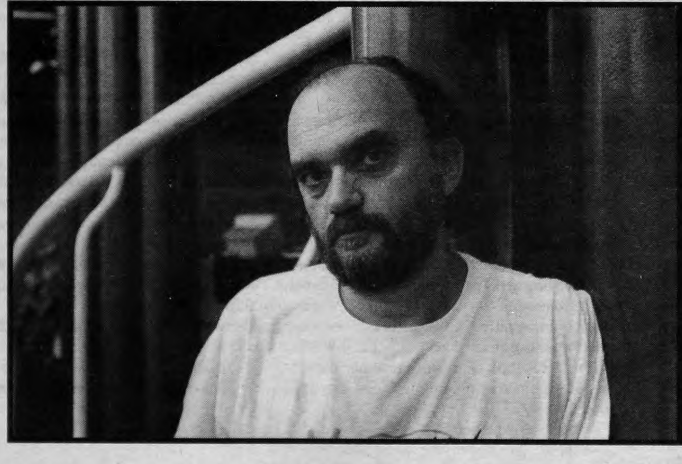
Verano / 12

# FONTANARROSA



Aníbal Troilo. Agustín Magaldi. Hipólito Yrigoyen. Astor Piazzolla. Juan Moreira y Juana de Ibarborou confluyen una noche en el "Tabarí" de Suipacha al 400, una especie de aleph insólito, de centro de atracción de celebridades futuras. Fuera del tiempo, más allá del tiempo, esas seis figuras (siete, si se tiene en cuenta al personaje-narrador, merecedor del Premio Nobel) se encuentran en un punto imposible, inexistente, ambiguo del tiempo. Si bien los hechos narrados escapan a cualquier apreciación "histórica", el hecho de que esos personajes sean reales, que hayan vivido su vida, hace disparar un mecanismo en el lector que tiene mucho que ver con la corroboración inmediata de los hechos: durante algunos equívocos instantes, son contemporáneos. Y por lo tanto el acontecimiento, el desenlace, es real. Tuvo lugar. Dura poco, eso sí. Pero permanece en la memoria con un confuso halo de posibilidad, contaminando nuestra visión del pasado de una manera inevitable, como esos errores ortográficos que nos obstinamos en repetir, una y otra vez, aunque sepamos desde siempre que son errores. Porque a veces confundiendo el pasado lo que hacemos es poner en movimiento una máquina, aceitar un intrincado laberinto de engranajes. ¿Qué hubiera pasado si...? Es la pregunta que probablemente no lleva a ningún sitio pero que no podemos evitar plantearnos de vez en cuando.

**Presentación: Guillermo Piro**

# Una noche ino

El que conocía todos los piringundines era mi amigo, el Narigón Costoya. Hombre de la noche a pesar de su juventud, era para mí una imagen digna de admiración y envidia, cuando se entreveraba con gente avezada en el trajín algo turbio de boliches y reductos tangueros. Por eso, aquella vez en que me dijo: "Esta noche nos vamos al Tabarí", no puse ningún tipo de objeción, dado que mi confianza en el Narigón era completa.

Purretes todavía, a pesar del estímulo varonil que nos prestaban el cigarrillo con boquilla y la botita charolada, el ambiente noctámbulo nos atraía como la miel a las moscas.

–Canta un coso que no te podés perder –me confió Costoya. No teníamos mucho níquel en el bolsillo, eran otros tiempos, pero sí podíamos ufanarnos de un atrevimiento a toda prueba. En especial de parte del Narigón, poseedor de un ángel y una soltura verdaderamente notables.

Años más tarde hablaría de él aquel inmortal bardo que fuera don Nicolás Casona.

La verdad fue que llegamos al Tabarí, ahí por Suipacha al 400, pasamos bajo la mirada entre severa y cómplice de "Lopecito", el portero, y nos mandamos para adentro. "Lopecito" no se dejaba engañar por nuestros bigotes ni por nuestros sombreros, él sabía que éramos menores, pero muy a menudo el Narigón le pasaba algún dato para Palermo y así se había ganado la amistad de aquel hombre. Tiempo después me enteré de que Lopecito había muerto de una gripe mal curada, pobrecito, en un sórdido hospital de Montevideo, la capital uruguaya.

Esa noche de sábado, el Tabarí estaba de bote en bote y corría la bebida entre la algarabía del gentío. Gracias a la gentileza de uno de los mozos (el Narigón le tiró unas rupias) conseguimos una mesa cerca del escenario. Ya se había dejado de bailar y recuerdo que muy pronto tuvimos la compañía de dos niñas que trabajaban en el local. Eso colmaba todas mis aspiraciones de sentirme hombre mundano, a pesar de saber perfectamente que aquellas muchachas estaban trabajando y sólo pretendían un mayor consumo de nuestra parte. Yo, bastante más tímido que mi amigo, no vacilé, no obstante, en pedir un par de botellas de champagne, ante la admiración de nuestras ocasionales acompañantes. No habría pasado más de una hora cuando subió al escenario, hasta ese momento desierto, una pequeña orquesta y a renglón seguido un hombre aún joven, delgado y pálido como una porcelana. Hubo aplausos y vivas al artista pero pronto se hizo un respetuoso silencio cuando el bandoneón rompió con sus primeras quejas. ¡Qué notable mutismo de aquel público de habitual mordaz y bullanguero! ¡Qué dominio sobre la audiencia poseía aquel cantor de fino bigotito y voz cristalina que a cada momento amenazaba quebrarse!

El artista finalizó sus canciones y no pudo abandonar el proscenio, ante los hurras y reclamos de la gente que pedía, a grito pelado, alargar su actuación. Fue cuando yo, intrigado por ese magnetismo increíble que irradiaba de esa garganta privilegiada, le toco el codo al Narigón y le pregunto: –Che, ¿quién es?

–¿Cómo? ¿No lo conoce? –se adelanta, entonces, una de la pibas.

–Es Agustín Magaldi –dice la otra. Yo, recuerdo, hice un gesto de asentimiento sorprendido pero, en verdad, no conocía mucho sobre ese tal Magaldi. Había oído de sus condiciones, sí, pero sólo un par de veces, como de paso.

–El gran Agustín Magaldi –sentenció el Narigón, que había vuelto a sentarse, tras la euforia del agasajo. En el escenario, Magaldi estaba anunciando, ante la ávida expectativa de la multitud, su última entrega. En eso, una voz estentórea interrumpe su soliloquio: –¡Tenga mano, compañero! Giramos todos nuestras miradas hacia la puerta y vemos la silueta amenazadora de un hombre recortada frente a los vidrios de la entrada. Se hizo un silencio de muerte cuando el recién llegado comenzó a avanzar hacia el escenario a paso firme. Llevaba una daga impresionante en la mano. De más está decir que la gente se abrió, presurosa, en el camino de aquel malevo. Cuando trepó al tablado pude verlo mejor, un morocho grandote, aindiado, de rasgos nobles a pesar de su ferocidad, con el hombro derecho cubierto por un poncho y el toque elegante de unos gemelos de oro en el puño que sobresalía bajo la manga que cubría el brazo sostenedor de la faca amenazante. Se enfrentó a Magaldi y, ante el horror de todos, gritó:

–¡No me gustan los cantores de voz finita! –y le tiró una puñalada. Pero quiso Dios Todopoderoso que un segundo antes una mano femenina le propinara un empujón a Magaldi quitándolo del rumbo homicida del puñal. El fierro prosiguió su vuelo y se ensartó en el instrumento del primer bandoneonista. Recuerdo que el fuelle, herido, exhaló un quejido profundo, como un lamento. El matón, defraudado, retiró el arma, miró con desprecio a Magaldi, que había caído sobre el piano, y se retiró a paso vivo, dejándonos con la boca abierta. No voy a contar, por extensos, los comentarios que entonces se sucedieron, el parloteo alarmado de las mujeres y el murmullo de asombro entre los varones. Pero Magaldi era un hombre de decisiones rápidas, pidió silencio golpeando sus palmas, exclamó: "Aquí no ha pasado nada" y dijo que el espectáculo iba a continuar. Todos se animaron nuevamente hasta el momento en que cayeron en la cuenta de que el bandoneón agonizaba sobre las rodillas de su desconsolado dueño por la puñalada recibida. No había poder humano que le arrancase un sonido. El Narigón, con esa facilidad suya para apoderarse de las situaciones, saltó sobre la tarima y gritó:

–¡La fiesta recién comienza! ¡No vamos a permitir que una cosa así nos amargue la noche!

Y acto seguido, ante la mirada atribulada del gordito bandoneonista, tomó el herido instrumento diciendo:

–Vengan conmigo. Acá cerca hay una gomería.

Y ahí salimos todos en manifestación, ante la mirada atenta de los presentes que aprobaban, entusiastas, la decidida acción de mi amigo. Habremos sido unos catorce los que nos movilizamos hacia la estación de servicio. Hacía frío, recuerdo, y el Narigón tuvo que explicarle a un policía qué era eso de andar a altas horas de la noche llevando un bandoneón en brazos como quien lleva un pibe accidentado. Debo confesar que, dentro del absurdo, la cosa tenía algo de trágica, de litúrgica procesión pagana tras la figura de un dios caído. El agente del orden comprendió –era un porteño, después de todo–, y nos dejó seguir nuestro camino. Cuando llegamos a la estación de servicio, la gomería estaba cerrada: eran como las tres de la mañana. Había un pibe, sin embargo, sentado en una pequeña caseta vidriada, haciendo la tediosa guardia nocturna, tomando mate.

–Queremos ponerle un parche a este fuelle –le dijo el Narigón. El pebete lo miró con ojos vivaces y contestó:

–Me parece difícil. La gomería está cerrada y don Hipólito está durmiendo.

En efecto, el pequeño galponcito que hacía la veces de gomería tenía sus puertas de chapa cerradas.

–¿Y ahora qué hacemos? –pregunté yo.

–Esperen –nos dijo el pibe, comedido–. Si don Hipólito se despierta, tal vez les hace el laburo.

Ante nuestra natural ansiedad, el muchacho se encaminó hasta el galpón y golpeó la puerta. Debo confesar que nosotros esperábamos por toda respuesta el insulto o el silencio más frío, pero de inmediato desde adentro se escuchó una voz áspera y somnolienta.

–¿Qué pasa? En breves palabras el pibe que nos había atendido le contó al tal don Hipólito nuestro problema. Al rato se dio vuelta y nos hizo una seña con la mano: que esperáramos. Enseguida se abrió la puerta, se encendió la luz de adentro y vimos la silueta de un hombrón grandote poniéndose una bufanda.

–Pasen –dijo. Al gordito dueño del bandoneón se le iluminó la cara.

Nos metimos todos dentro de aquel tinglado y durante casi una hora presenciamos, en un silencio respetuoso, cómo el viejo y el muchacho emparchaban la herida del fuelle, con un cuidado, un amor y una dedicación dignas del equipo más refinado de cirugía. Cuando hubieron terminado le pasaron el instrumento al gordito, que temblaba como un padre ante el retorno de su hijo accidentado.

–¿Puedo tocarlo? –preguntó.

–Por supuesto –dijo don Hipólito. Y allí mismo, en ese galpón de chapa, ante nuestro grupo amontonado por la falta de espacio y emocionado hasta las lágrimas, el músico se mandó *Desde el alma* de Rosita Melo. Puedo jurar que lloramos todos y hubo abrazos y aplausos.

Como si eso fuera poco, ni el pibe, ni el viejo de la gomería a quien habíamos despertado de su sueño de laburante nos quisieron cobrar un peso. Pero no estaba terminada esa noche memorable para mí.

Cuando volvimos al Tabarí, entre la algazara de la gente que nos recibió como quien recibe a los soldados volviendo del frente, la cosa se prolongó hasta que empezó a amanecer. Después nos fuimos un grupito, el más aguantador, a desayunar esas medialunas maravillosas al Viejo Roma, el cafetín de Parador y Reconquista. Me parecía mentira estar en compañía de aquella gente de la noche, entre figuras legendarias, entre nombres que había sentido nombrar una y mil veces en boca de los mayores. Fue allí cuando Natalio Perinetti, el que fuera celebérrimo insider de la Academia, me pasó una mano sobre el hombro y me dijo:

–Pibe... de buena se salvó esta noche Agustín –haciendo referencia al suceso de la puñalada. Yo asentí con la cabeza.

–Ese malevo es muy peligroso –me dijo–. Muy peligroso.

–¿Quién era? –pregunté–. ¿Usted lo conoce?

–Cómo no voy a conocerlo, muchacho –dijo

**Gracias a la gentileza de uno de los mozos (el Narigón le tiró unas rupias) conseguimos una mesa cerca del escenario. Ya se había dejado de bailar y recuerdo que muy pronto tuvimos la compañía de dos niñas que trabajaban en el local. Eso colmaba todas mis aspiraciones de sentirme hombre mundano, a pesar de saber perfectamente que aquellas muchachas estaban trabajando y sólo pretendían un mayor consumo de nuestra parte.**

**Y ahí salimos todos en manifestación, ante la mirada atenta de los presentes que aprobaban, entusiastas, la decidida acción de mi amigo. Habremos sido unos catorce los que nos movilizamos hacia la estación de servicio. Hacía frío, recuerdo, y el Narigón tuvo que explicarle a un policía qué era eso de andar a altas horas de la noche llevando un bandoneón en brazos como quien lleva un pibe accidentado.**



"Una noche inolvidable", relato del libro *No sé si h*

# Una noche inolvidable

El que conocía todos los piringundines era mi amigo, el Narigón Costoya. Hombre de la noche a pesar de su juventud, era para mí una imagen digna de admiración y envidia, cuando se entreveraba con gente avezada en el trajín algo turbio de boliches y reductos tangueros. Por eso, aquella vez en que me dijo: "Esta noche nos vamos al Tabarí", no puse ningún tipo de objeción, dado que mi confianza en el Narigón era completa.

Purretes todavía, a pesar del estímulo varonil que nos prestaban el cigarrillo con boquilla y la botita charolada, el ambiente noctámbulo nos atraía como la miel a las moscas.

–Canta un coso que no te podés perder –me confió Costoya. No teníamos mucho níquel en el bolsillo, eran otros tiempos, pero sí podíamos ufanarnos de un atrevimiento a toda prueba. En especial de parte del Narigón, poseedor de un ángel y una soltura verdaderamente notables.

Años más tarde hablaría de él aquel inmortal bardo que fuera don Nicolás Casona.

La verdad fue que llegamos al Tabarí, ahí por Suipacha al 400, pasamos bajo la mirada entre severa y cómplice de "Lopecito", el portero, y nos mandamos para adentro. "Lopecito" no se dejaba engañar por nuestros bigotes ni por nuestros sombreros, él sabía que éramos menores, pero muy a menudo el Narigón le pasaba algún dato para Palermo y así se había ganado la amistad de aquel hombre. Tiempo después me enteré de que Lopecito había muerto de una gripe mal curada, pobrecito, en un sórdido hospital de Montevideo, la capital uruguaya.

Esa noche de sábado, el Tabarí estaba de bote en bote y corría la bebida entre la algarabía del gentío. Gracias a la gentileza de uno de los mozos (el Narigón le tiró unas rupias) conseguimos una mesa cerca del escenario. Ya se había dejado de bailar y recuerdo que muy pronto tuvimos la compañía de dos niñas que trabajaban en el local. Eso colmaba todas mis aspiraciones de sentirme hombre mundano, a pesar de saber perfectamente que aquellas muchachas estaban trabajando y sólo pretendían un mayor consumo de nuestra parte. Yo, bastante más tímido que mi amigo, no vacilé, no obstante, en pedir un par de botellas de champagne, ante la admiración de nuestras ocasionales acompañantes. No habría pasado más de una hora cuando subió al escenario, hasta ese momento desierto, una pequeña orquesta y a renglón seguido un hombre aún joven, delgado y pálido como una porcelana. Hubo aplausos y vivas al artista pero pronto se hizo un respetuoso silencio cuando el bandoneón rompió con sus primeras quejas. ¡Qué notable mutismo de aquel público de habitual mordaz y bullanguero! ¡Qué dominio sobre la audiencia poseía aquel cantor de fino bigotito y voz cristalina que a cada momento amenazaba quebrarse!

El artista finalizó sus canciones y no pudo abandonar el proscenio, ante los hurras y reclamos de la gente que pedía, a grito pelado, alargar su actuación. Fue cuando yo, intrigado por ese magnetismo increíble que irradiaba de esa garganta privilegiada, le toco el codo al Narigón y le pregunto: –Che, ¿quién es?

–¿Cómo? ¿No lo conoce? –se adelanta, entonces, una de la pibas.

–Es Agustín Magaldi –dice la otra. Yo, recuerdo, hice un gesto de asentimiento sorprendido pero, en verdad, no conocía mucho sobre ese tal Magaldi. Había oído de sus condiciones, sí, pero sólo un par de veces, como de paso.

–El gran Agustín Magaldi –sentenció el Narigón, que había vuelto a sentarse, tras la euforia del agasajo. En el escenario, Magaldi estaba anunciando, ante la ávida expectativa de la multitud, su última entrega. En eso, una voz estentórea interrumpe su soliloquio: –¡Tenga mano, compañero! Giramos todos nuestras miradas hacia la puerta y vemos la silueta amenazadora de un hombre recortada frente a los vidrios de la entrada. Se hizo un silencio de muerte cuando el recién llegado comenzó a avanzar hacia el escenario a paso firme. Llevaba una daga impresionante en la mano. De más está decir que la gente se abrió, presurosa, en el camino de aquel malevo. Cuando trepó al tablado pude verlo mejor, un morocho grandote, aindiado, de rasgos nobles a pesar de su ferocidad, con el hombro derecho cubierto por un poncho y el toque elegante de unos gemelos de oro en el puño que sobresalía bajo la manga que cubría el brazo sostenedor de la faca amenazante. Se enfrentó a Magaldi y, ante el horror de todos, gritó:

–¡No me gustan los cantores de voz finita! –y le tiró una puñalada. Pero quiso Dios Todopoderoso que un segundo antes una mano femenina le propinara un empujón a Magaldi quitándolo del rumbo homicida del puñal. El fierro prosiguió su vuelo y se ensartó en el instrumento del primer bandoneonista. Recuerdo que el fuelle, herido, exhaló un quejido profundo, como un lamento. El matón, defraudado, retiró el arma, miró con desprecio a Magaldi, que había caído sobre el piano, y se retiró a paso vivo, dejándonos con la boca abierta. No voy a contar, por extensos, los comentarios que entonces se sucedieron, el parloteo alarmado de las mujeres y el murmullo de asombro entre los varones. Pero Magaldi era un hombre de decisiones rápidas, pidió silencio golpeando sus palmas, exclamó: "Aquí no ha pasado nada" y dijo que el espectáculo iba a continuar. Todos se animaron nuevamente hasta el momento en que cayeron en la cuenta de que el bandoneón agonizaba sobre las rodillas de su desconsolado dueño por la puñalada recibida. No había poder humano que le arrancase un sonido. El Narigón, con esa facilidad suya para apoderarse de las situaciones, saltó sobre la tarima y gritó:

–¡La fiesta recién comienza! ¡No vamos a permitir que una cosa así nos amargue la noche!

Y acto seguido, ante la mirada atribulada del gordito bandoneonista, tomó el herido instrumento diciendo:

–Vengan conmigo. Acá cerca hay una gomería.

Y ahí salimos todos en manifestación, ante la mirada atenta de los presentes que aprobaban, entusiastas, la decidida acción de mi amigo. Habremos sido unos catorce los que nos movilizamos hacia la estación de servicio. Hacía frío, recuerdo, y el Narigón tuvo que explicarle a un policía qué era eso de andar a altas horas de la noche llevando un bandoneón en brazos como quien lleva un pibe accidentado. Debo confesar que, dentro del absurdo, la cosa tenía algo de trágica, de litúrgica procesión pagana tras la figura de un dios caído. El agente del orden comprendió –era un porteño, después de todo–, y nos dejó seguir nuestro camino. Cuando llegamos a la estación de servicio, la gomería estaba cerrada: eran como las tres de la mañana. Había un pibe, sin embargo, sentado en una pequeña caseta vidriada, haciendo la tediosa guardia nocturna, tomando mate.

–Queremos ponerle un parche a este fuelle –le dijo el Narigón. El pebete lo miró con ojos vivaces y contestó:

–Me parece difícil. La gomería está cerrada y don Hipólito está durmiendo.

En efecto, el pequeño galponcito que hacía la veces de gomería tenía sus puertas de chapa cerradas.

–¿Y ahora qué hacemos? –pregunté yo.

–Esperen –nos dijo el pibe, comedido–. Si don Hipólito se despierta, tal vez les hace el laburo.

Ante nuestra natural ansiedad, el muchacho se encaminó hasta el galpón y golpeó la puerta. Debo confesar que nosotros esperábamos por toda respuesta el insulto o el silencio más frío, pero de inmediato desde adentro se escuchó una voz áspera y somnolienta.

–¿Qué pasa? En breves palabras el pibe que nos había atendido le contó al tal don Hipólito nuestro problema. Al rato se dio vuelta y nos hizo una seña con la mano: que esperáramos. Enseguida se abrió la puerta, se encendió la luz de adentro y vimos la silueta de un hombrón grandote poniéndose una bufanda.

–Pasen –dijo. Al gordito dueño del bandoneón se le iluminó la cara.

Nos metimos todos dentro de aquel tinglado y durante casi una hora presenciamos, en un silencio respetuoso, cómo el viejo y el muchacho emparchaban la herida del fuelle, con un cuidado, un amor y una dedicación dignas del equipo más refinado de cirugía. Cuando hubieron terminado le pasaron el instrumento al gordito, que temblaba como un padre ante el retorno de su hijo accidentado.

–¿Puedo tocarlo? –pregunté.

–Por supuesto –dijo don Hipólito. Y allí mismo, en ese galpón de chapa, ante nuestro grupo amontonado por la falta de espacio y emocionado hasta las lágrimas, el músico se mandó *Desde el alma* de Rosita Melo. Puedo jurar que lloramos todos y hubo abrazos y aplausos.

Como si eso fuera poco, ni el pibe, ni el viejo de la gomería a quien habíamos despertado de su sueño de laburante nos quisieron cobrar un peso. Pero no estaba terminada esa noche memorable para mí.

Cuando volvimos al Tabarí, entre la algazara de la gente que nos recibió como quien recibe a los soldados volviendo del frente, la cosa se prolongó hasta que empezó a amanecer. Después nos fuimos un grupito, el más aguantador, a desayunar esas medialunas maravillosas al Viejo Roma, el cafetín de Parador y Reconquista. Me parecía mentira estar en compañía de aquella gente de la noche, entre figuras legendarias, entre nombres que había sentido nombrar una y mil veces en boca de los mayores. Fue allí cuando Natalio Perinetti, el que fuera celebérrimo insider de la Academia, me pasó una mano sobre el hombro y me dijo:

–Pibe... de buena se salvó esta noche Agustín –haciendo referencia al suceso de la puñalada. Yo asentí con la cabeza.

–Ese malevo es muy peligroso –me dijo–. Muy peligroso.

–¿Quién era? –pregunté–. ¿Usted lo conoce?

–Cómo no voy a conocerlo, muchacho –dijo Natalio– ¡ese hombre era ni más ni menos que Juan Moreira!

De más está decir que el recuerdo de aquella noche ha quedado impreso en mi memoria con caracteres indelebles, máxime cuando con los años me volví a encontrar con uno de sus protagonistas. Una noche, presenciando un espectáculo tanguero en el Café de Miguel, reconocí a aquel gordito cuyo bandoneón había recibido el puntazo destinado al pecho canoro de Agustín Magaldi. El muchacho estaba un poco más rollizo aún, mantenía su expresión adormilada, pero su nombre ya era un crédito rutilante en las marquesinas de los bailongos porteños: Aníbal Troilo.

Pero sin duda los dekalles de esta anécdota memorable estaban destinados a no agotarse tan fácilmente. El año pasado, en ocasión de mi viaje a Estocolmo, con motivo de ir a retirar el Premio Nobel con que me galardonaron, tuvo lugar una recepción de festejos en la Embajada Argentina.

No eran muchos los invitados, pero había un ambiente de jolgorio ante la distinción que se me había concedido, a mi juicio, inmerecidamente. De pronto se me acerca un hombre no muy alto, semicalvo, con barba entrecana.

–Usted no se acuerda de mí– me dice.

–Para serle sincero... –me disculpo.

–Yo soy Astor Piazzolla –me dice. Es de imaginarse mi emoción ante la presencia de tamaña figura de nuestra música y su cordialidad en el saludo.

–Por supuesto que lo conozco –recuerdo que le dije–. Pero no creo que hayamos tenido oportunidad de vernos personalmente.

–Se equivoca –me dijo el gran maestro, que se hallaba casualmente en la capital sueca brindando una serie de recitales–. ¿Se acuerda de una noche en que usted y unos amigos llevaron un bandoneón a una gomería para emparcharlo?

Mi asombro entonces no tuvo límites. Me quedé mirando a Astor con la boca abierta, sin atinar a soltar su diestra que aún estrechaba.

–Yo era el pibe de la gomería –me dijo.

¡Después dicen que el destino no suele manifestarse en formas evidentes!

–Y le digo más –me dice Piazzolla sin darme respiro–. El viejo, el viejo a quien desperté para que les arreglara el bandoneón, don Hipólito, era ni más ni menos que don Hipólito Yrigoyen. El mismo que con el tiempo se convirtió en caudillo del movimiento radical.

Aquello fue demasiado para mí. Estreché a Piazzolla en un abrazo y ambos lloramos como niños.

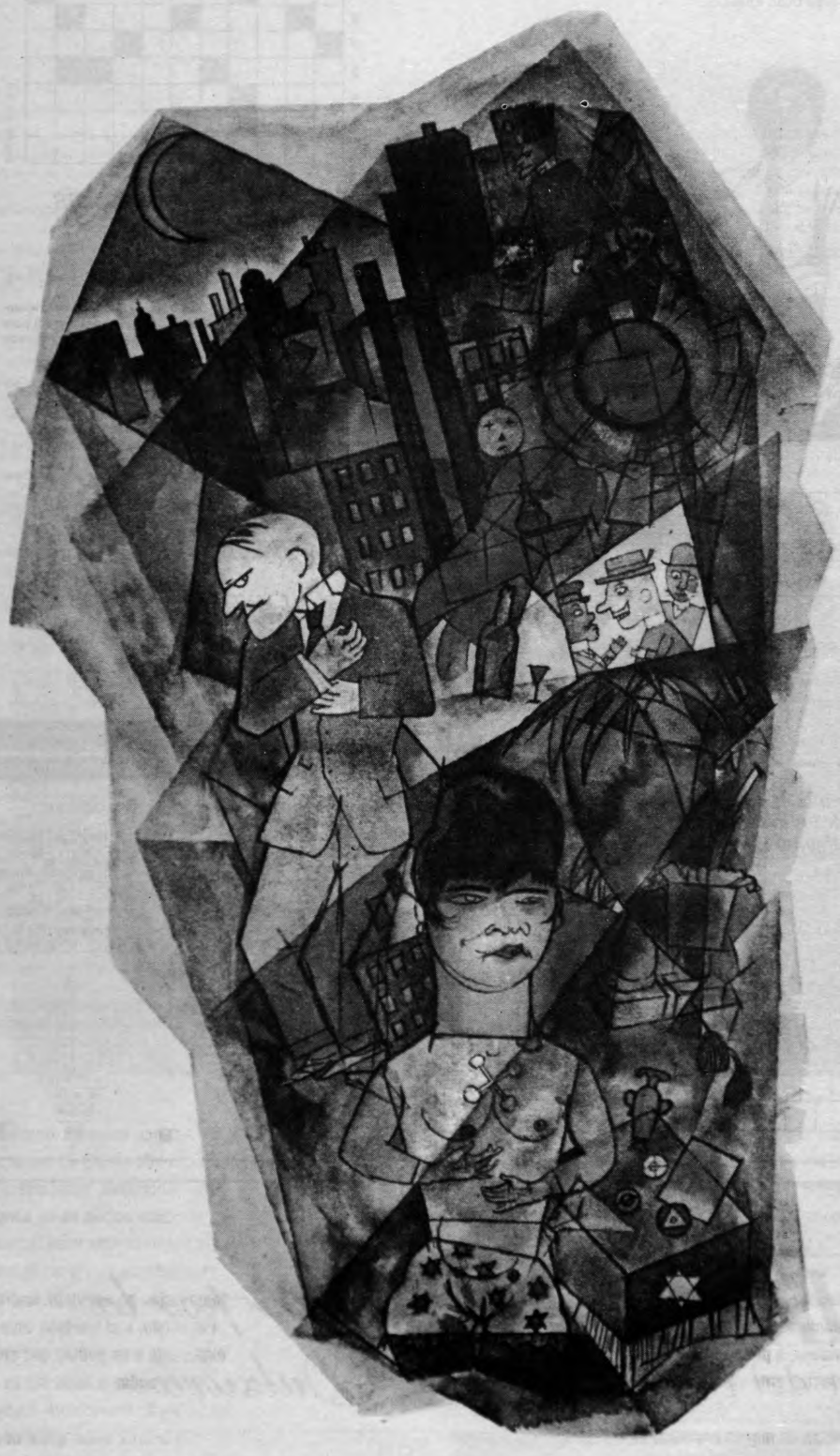
La semana pasada, nomás, leo en un reportaje que la valiente mujercita que apartó el cuerpo de Agustín Magaldi del curso mortal de la hoja del puñal agresor supo también dejarnos, años más tarde, piezas que se enraizaron en lo más granado de nuestra verba: esa mujer no era otra que doña Juana de Ibarbourou.

**Gracias a la gentileza de uno de los mozos (el Narigón le tiró unas rupias) conseguimos una mesa cerca del escenario. Ya se había dejado de bailar y recuerdo que muy pronto tuvimos la compañía de dos niñas que trabajaban en el local. Eso colmaba todas mis aspiraciones de sentirme hombre mundano, a pesar de saber perfectamente que aquellas muchachas estaban trabajando y sólo pretendían un mayor consumo de nuestra parte.**

**Y ahí salimos todos en manifestación, ante la mirada atenta de los presentes que aprobaban, entusiastas, la decidida acción de mi amigo. Habremos sido unos catorce los que nos movilizamos hacia la estación de servicio. Hacía frío, recuerdo, y el Narigón tuvo que explicarle a un policía qué era eso de andar a altas horas de la noche llevando un bandoneón en brazos como quien lleva un pibe accidentado.**

"Una noche inolvidable", relato del libro *No se si he sido claro*, de Roberto Fontanarrosa (De La Flor, 1985).

# Vidable



Natalio– ¡ese hombre era ni más ni menos que Juan Moreira!

De más está decir que el recuerdo de aquella noche ha quedado impreso en mi memoria con caracteres indelebles, máxime cuando con los años me volví a encontrar con uno de sus protagonistas. Una noche, presenciando un espectáculo tanguero en el Café de Miguel, reconocí a aquel gordito cuyo bandoneón había recibido el puntazo destinado al pecho canoro de Agustín Magaldi. El muchacho estaba un poco más rollizo aún, mantenía su expresión adormilada, pero su nombre ya era un crédito rutilante en las marquesinas de los bailongos porteños: Aníbal Troilo.

Pero sin duda los detalles de esta anécdota memorable estaban destinados a no agotarse tan fácilmente. El año pasado, en ocasión de mi viaje a Estocolmo, con motivo de ir a retirar el Premio Nobel con que me galardonaron, tuvo lugar una recepción de festejos en la Embajada Argentina.

No eran muchos los invitados, pero había un ambiente de jolgorio ante la distinción que se me había concedido, a mi juicio, inmerecidamente. De pronto se me acerca un hombre no muy alto, semicalvo, con barba entrecana.

–Usted no se acuerda de mí– me dice.

–Para serle sincero... –me disculpo.

–Yo soy Astor Piazzolla –me dice. Es de imaginarse mi emoción ante la presencia de tamaña figura de nuestra música y su cordialidad en el saludo.

–Por supuesto que lo conozco –recuerdo que le dije–. Pero no creo que hayamos tenido oportunidad de vernos personalmente.

–Se equivoca –me dijo el gran maestro, que se hallaba casualmente en la capital sueca brindando una serie de recitales–. ¿Se acuerda de una noche en que usted y unos amigos llevaron un bandoneón a una gomería para emparcharlo?

Mi asombro entonces no tuvo límites. Me quedé mirando a Astor con la boca abierta, sin atinar a soltar su diestra que aún estrechaba.

–Yo era el pibe de la gomería –me dijo.

¡Después dicen que el destino no suele manifestarse en formas evidentes!

–Y le digo más –me dice Piazzolla sin darme respiro–. El viejo, el viejo a quien desperté para que les arreglara el bandoneón, don Hipólito, era ni más ni menos que don Hipólito Yrigoyen. El mismo que con el tiempo se convirtió en caudillo del movimiento radical.

Aquello fue demasiado para mí. Estreché a Piazzolla en un abrazo y ambos lloramos como niños.

La semana pasada, nomás, leo en un reportaje que la valiente mujercita que apartó el cuerpo de Agustín Magaldi del curso mortal de la hoja del puñal agresor supo también dejarnos, años más tarde, piezas que se enraizaron en lo más granado de nuestra verba: esa mujer no era otra que doña Juana de Ibarbourou.

*sido claro,* de Roberto Fontanarrosa (De La Flor, 1985).

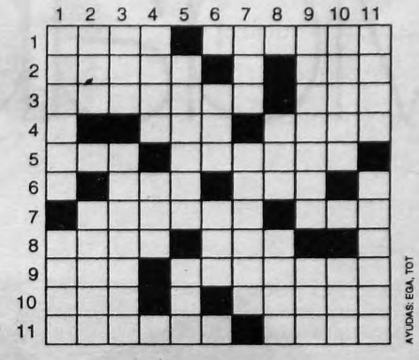
## Los cinco magníficos

*Los responsables del proyecto de la nueva planta industrial recientemente aprobado por el directorio de la empresa están realmente contentos, y cuentan a todo el mundo con qué juego de computadora "refrescaban las neuronas" durante el trabajo. Usando las pistas y la figura, descubra a qué jugaba y de qué parte del proyecto se ocupó cada uno.*

1. Cada vez que se menciona una posición, se toma como referencia al personaje en cuestión. Así, si dice a la izquierda de Luis, por ejemplo, se refiere exactamente a la izquierda de él y no a partir de nuestro punto de vista.
2. Cuando ya no sabía cómo continuar, Luis jugaba al Tetris. Parodi, que está justo a su izquierda, prefería pensar jugando al Buscaminas.
3. Vega, que analizó todo lo concerniente a la construcción de la planta, está entre Jorge (a su derecha) y el especialista en desarrollo de sistemas informáticos que se inspiraba jugando al Solitario (a su izquierda).
4. Aldo Mori no usa barba. Está entre Roberto (que no usa anteojos y está a su derecha) y Martín Carbe (a su izquierda).
5. Zaldívar, que analizó la financiación, está justo a la derecha de quien se ocupó de estudiar los costos (que no usa barba). A la izquierda de este último está quien jugaba al Carta Blanca.
6. El encargado de planificar la selección y capacitación del personal jugaba al Corazones. Ni él ni Jorge usan anteojos.

| | | | |
|---|---|---|---|
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |

## Ortodoxo



AYUDAS: EGA, TOT

### HORIZONTALES

1. Estado de los EE.UU./ Huraña, intratable, áspera.
2. Una de las marcas de automóviles de Fórmula 1./ Abreviatura de Argentina.
3. De Italia./ Antorcha, leño encendido.
4. Río de España./ Abreviatura de "señores".
5. Repetición de un sonido reflejado en un cuerpo duro./ Destellar reflejos de colores.
6. Nombre de la cantante brasileña Costa./ ...-Tap: Ruido del zapateo.
7. (Rabindranath) Poeta hindú, premio Nobel en 1913./ Inclusive.
8. Madre./ Removí la tierra con el arado.
9. Siglas del Instituto de Cultura Iberoamericana./ (Se) Se vanagloriará.
10. Abreviatura de "locución"./ Figurativamente, bregar, luchar.
11. Que no hace daño (fem.)./ Domicilio principal de un organismo.

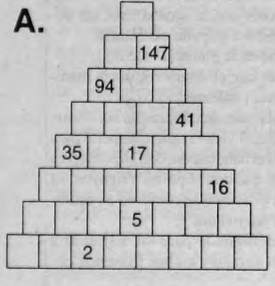
### VERTICALES

1. Protagonista de "La Odisea"./ Prefijo: milésima parte.
2. Dios egipcio./ Taco alto del zapato.
3. Lienzo arrollado en la cabeza para cargar pesos./ Alfabeto primitivo de Irlanda.
4. Caucho natural./ Oficial turco.
5. Discreción./ Personaje creado por el escritor Alfred Jarry.
6. Extremo inferior de la entena./ Siglas de la fuerza aérea inglesa.
7. (-Victor) Compañía grabadora./ Repetir.
8. Servicio Social Internacional./ Consonante (pl.).
9. Gobernador de una provincia de la antigua Persia./ Quiera.
10. Suponer./ Símbolo del radián.
11. Oficiales del ejército turco./ Caminaré.

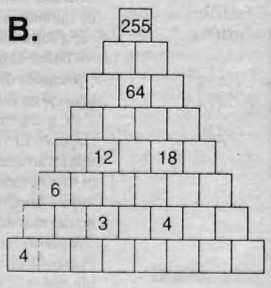
## Pirámides numéricas

*Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.*

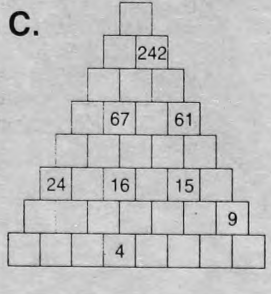
**A.**




**B.**




**C.**

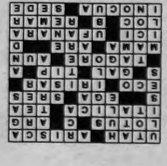
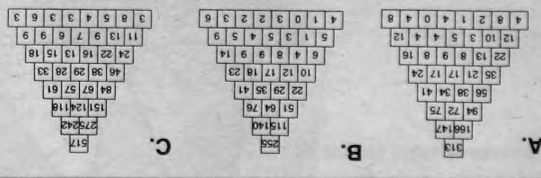



## Soluciones

### Los cinco magníficos

De izquierda a derecha:
Luis Zaldívar, Tetris, financiación.
Jorge Parodi, Buscaminas, costos.
Roberto Vega, Carta Blanca, construcción.
Aldo Mori, Solitario, sistemas.
Martín Carbe, Corazones, personal.

### Ortodoxo



### Pirámides numéricas